

LUIS JAVIER MORENO nació en Segovia el 29 de diciembre de 1946. Licenciado en Filología Románica por la Universidad de Salamanca. Fue invitado como participante en el International Writing Program de la Universidad de Iowa (USA) durante 1985 y nombrado Honorary Fellow en Escritura. Es también Master of Arts por la Washington University de St. Louis; premio Jaime Gil de Biedma de poesía en 1991; cofundador y codirector de la revista Encuentros. Su obra poética publicada hasta ahora comprende nueve volúmenes: Diecisiete poemas (Salamanca 1978), Época de inventario (Valladolid, 1979, reedición completa en 1992, Amari, Ediciones Salamanca), De cara a la pared y otros poemas (Segovia, 1984), 324 Poemas breves (Barrio de Maravillas, Valladolid 1987), El final de la contemplación (Visor, Madrid 1992), Rápida plata (La General, Granada 1992), Cuaderno de campo (Hiperión, Madrid 1996), Paisajes en el Prado (Ediciones La Moderna, Luxemburgo, 1997); Sobre el blanco (Calle del Agua, Villafranca del Bierzo, 1998). En prosa ha publicado los siguientes volúmenes del diario que comenzó a escribir en USA en 1985: La puntada y el nudo (Tertulia de los Martes, Segovia, 1993); En el cuartel de invierno (El maillot amarillo, Granada, 1997); Fragmentos de diario (Editorial P.E.M.A.S., Valladolid, 2000) y Cuaderno de paso (Tertulia de los Martes, Segovia, 2000).

Luis Javier Moreno

La viveza de lo acontecido



MI PROPUESTA SOBRE el diario no ha cambiado: es un género abierto, flexible, híbrido, carente de las normas sin las que otros géneros, preceptivamente, dejarían de ser tales; un tipo de escritura no excluyente, en la que, a mi parecer, todo es incluíble por (entre otras razones) la naturaleza fragmentaria y variada del diario cuya escritura así lo permite. Un diario, además de un continuo argumental, cuando lo es, puede también ocuparse de reflexiones, recuerdos, confesiones, fantasías, viajes... Limitar el diario al terreno de lo tenido por íntimo es tan acertado o desacertado como restringido al espacio brumoso de las ensoñaciones, entre otras cosas porque íntimo, o público, son conceptos de una polisemia compleja en los que su extensión no coincide con su comprensión. (...) No debería olvidarse que al hablar de diarios, hablamos de literatura, y el diario es, ante todo, literatura; después, lo que se quiera.¹

I. La puntada y el nudo

Entre Washington y Phoenix, miércoles, 20 de noviembre de 1985

PHOENIX TRES DE LA TARDE. En cuanto llego al hotel me encuentro con la sorpresa de que mi viaje al Gran Cañón se ha modificado: no había pasajeros suficientes para los dos días que estaba previsto con visitas al desierto, cañones cercanos, Sedona y una noche en Flagstaff, y deberemos efectuar un viaje de ida y vuelta en el día. La solución del contratiempo supone una noche más en el hotel de Phoenix a lo que la recepcionista accede encantada, deben tenerlo medio vacío. La experiencia del motel es nueva para mí, la encuentro más cómoda e independiente que la de un hotel convencional. El aspecto e indumentaria de la gente poseen elementos diferenciadores. Las mujeres con mucho maquillaje, peinados altos, uñas largas y muy pintadas con colores vivos... Chalecos y falda. Los hombres llevan sombreros casi todos (no sé si tejano o algo parecido), vaqueros, botas... Se ajustan bien al esquema convencional que se tiene del «Oeste profundo», a esa variopinta Arizona, en hábitos y atuendos, que refleja Sam Peckinpah en su película *Junior Bonner*, para mí la preferida entre sus obras. La ciudad, sus calles, los interiores, los bares, la música... El argumento: la supervivencia de un mundo pasado, encarnada en un personaje que no tiene futuro... Parte de lo que ya he encontrado en Arizona.

La temperatura es primaveral. El cielo azul profundo, la luz nítida, el aire limpiísimo, los horizontes ilimitados. Después de instalarme, he salido a pasear por la ciudad. Decidí llegar andando hasta el centro, según mi mapa no estaba demasiado lejos. Inútil. Después de llevar casi una hora andando comprobé que la escala es de kilómetro por centímetro, así que me detuve en el museo de arte y continuaría después en autobús. La ciudad es extensísima y de una llanura geométricamente plana; a los edificios les separan enormes espacios baldíos. No parece una ciudad sino una red de autopistas con ciertas construcciones a los lados. Es el esquema característico de las ciudades americanas más modernas.

El territorio inmenso les permite extenderse y para cuando comenzaron a construirse estas ciudades, las necesidades defensivas no exigían compactos núcleos urbanos encerrados en un cinturón de murallas disuasorias. Esos núcleos urbanos son el centro de las ciudades europeas; a su alrededor van progresivamente creciendo, si son grandes, o detenidas en ese pasado urbano medieval, que tanto encanto confiere a poblaciones como Ávila, Segovia y muchas otras, dentro y fuera de España. El museo es simplemente decoroso, no llega a la altura de las magníficas colecciones que he contemplado a lo largo de este mes; pese a todo hay obras de Gérard David, Isebrant, una sección de impresionistas franceses (moda particularmente americana, cuyas mejores obras están sin duda en USA) y un aceptable conjunto del siglo XX: Dufy, Picasso y pintura americana.

En Phoenix pasaba los inviernos Frank Lloyd Wright y la ciudad conserva interesantes obras suyas (su misma casa que puede visitarse). Aunque las tengo perfectamente localizadas, en una tarde y sin coche es inútil hacer cualquier intento. Llegué hasta el Downtown, moderno y con interesantes edificios de prestigiosos arquitectos.

La vuelta se me hizo eterna, esas sensaciones no las recoge el cine. La calle real es muy distinta de la calle filmada, probablemente no crea dramas, pero tampoco ayuda a resolverlos. Esperé más de una hora el autobús de vuelta, anocheció y comprobé que los transportes públicos no merecen atención de nadie en la mayor parte del país: pocas líneas, escasas unidades, espaciadas frecuencias, mal servicio. No son negocio. Cuando llegué al motel era simplemente de noche, no tarde, y eso que este miércoles tenía para mí 26 horas.

Iowa, sábado 23 de noviembre de 1985

LA FIESTA EN CASA de Ioanna estuvo muy bien. Su marido, el señor Deligiorgis, de origen griego, es profesor en la Universidad de Literatura Comparada. El sitio donde viven está retirado, una de esas zonas residenciales rodeadas de bosques y jardines que dan la impresión de habitar en el campo. La casa es grande, bien acondicionada. La

gran chimenea del salón estaba encendida y la calefacción dada. Desde el confortable calor doméstico, la nevada exterior, que llegaba al mismo alféizar de los ventanales, tenía el encanto del exotismo y de su contemplación, protegidos de la intemperie inhóspita. La nieve fomenta el sentido de intimidad y el fuego de la chimenea también. Todos los factores, dentro y fuera, concurrían a favor de una grata velada.

Estuvimos: los chinos, que vinieron todos, con intérprete incluida, Takashi y su mujer, Asher Reich, el poeta israelí, muy buen amigo mío y yo. También estaba Dan Cristea, rumano que vive con los Deligiorgis (Ioanna trabajó algún tiempo en la embajada USA en Rumanía, donde le conoció). Según los rumores, Ioanna (previo divorcio de Stavros) piensa casarse con él para hacerle residente americano e impedir que regrese a Rumanía, donde al parecer no vive a gusto y tiene problemas. Se trata de un pacto familiar en el que todos están de acuerdo; no obstante, es otra de las comidillas (casi clandestina esta vez) del Programa. Dicen que los interesados lo harán público la semana entrante, en la fiesta final del Programa.

Comenzamos con un tentempié, luego nos enseñaron la casa, saludamos a las hijas (ya unas jovencitas) que se marchaban en ese momento y tuvimos una sobremesa con café. Como parecía inevitable, la conversación, en un principio, giró en torno a nuestros países, viajes y el encuentro de poetas japoneses en Nueva York, que pareció interesar a los amigos. Takashi y yo contamos como pudimos lo esencial del acontecimiento. Salió a relucir la musa del festival: Kazuko Shiraishi. A Deligiorgis pareció interesarle mucho el personaje (por lo de la Literatura Comparada, quizá) y, más aún, detalles que pedía de sus andanzas neoyorquinas, de las que no pudimos (yo al menos) informarle; nuestras coincidencias con ella, durante aquellos días, habían sido siempre públicas. Stavros había conocido a Kazuko cuando ella estuvo en el Programa y contó (era evidente que sabía del personaje más que cualquiera) algunas anécdotas referidas a la vida desenvuelta que la atribuían basada más en el carácter erótico de su escritura (o de parte de ella) que en la realidad de unos hechos de los que, al parecer, todos hablaban pero ninguno había protagonizado.

Tras este ameno cambio de impresiones, empezamos con la cena. Quien sabía, fue preparando algunos platos de su cocina tradicional, así que tuvimos una comida greco-china-nipona. Yo colaboré de pinche con Michigo.

El fin de fiesta fue la visita a la imprenta particular que los Deligiorgis tienen instalada en el sótano de su casa. Imprimen libros exquisitos, poesía preferentemente, en tiradas de cien ejemplares, todo artesanal y primorosamente elaborado. El papel lo fabrican ellos o lo importan de acreditados lugares, Japón por ejemplo. El espacio tiene un encanto seductor, muy limpio, muy bien iluminado; las prensas son manuales y, con esmero, van imprimiendo página a página. Nos regalaron un ejemplar precioso de la última obra editada. Llevan haciéndolo años y los coleccionistas andan detrás de varios títulos, agotados todos y cotizados a muy buen precio. Han impreso en tamaño folio un poema de Paul Engle sobre Iowa que piensan regalarnos en la fiesta de despedida.

Segovia, agosto de 1986

LAS DOS SEMANAS de viaje han sido un **L**antídoto eficaz para mi melancolía patológica: Austria, Hungría y Suiza. Los paisajes alpinos: grandiosos. La sorpresa me esperaba en San Wolfgang. El lugar, junto al lago de su nombre, no lejos de Bad Ischl, tiene el encanto de los paisajes tópicamente hermosos, como, en general, los de la zona lacustre del Salzkammergut. Lo que no podía imaginar es que su iglesia guardase la obra maestra, indiscutible del gótico tardío: el retablo de Michael Pacher en el que San Wolfgang contempla la suntuosa coronación de María.

La obra es portentosa. La belleza se ha convertido en magia que proyecta su hechizo irresistible a cualquiera que se la enfrente. Poco importan la unidad de la composición, la precisión teológica del tema (abordada según consejo de Nicolás de Cusa, con quien Pacher consultó el asunto), la rica decoración, el efecto que un viento ausente produce en los ropajes ondulados, el escorzo sublime del rostro de la mujer glorificada, la luz de las escenas diferentes. Poco importa. Algo

tiene esta obra que comprendiendo todo eso lo supera. Es música fragante, callada, de celestes esferas, luz de color de todos los colores, suave perfume de perfecta rosa, armonía de contrarios, conciliación de lo diverso. Todo. No puedo precisar el tiempo que estuve frente a este prodigio. Fui contemplando las diferentes posiciones de la obra: puertas abiertas, puertas cerradas, pinturas, figuras... daba igual, en cualquier posición la obra subyuga.

La soberbia ilustrada que cada época histórica pretende tener de sí misma estuvo a punto de mandar al trastero (en el mejor de los casos), o al fuego, como era más común, la sublime armonía de Pacher. El jerarca de turno (cuyo nombre no sé ni pienso molestarme en conocer), abad de Mondsee, encargó en 1676 al escultor Thomas Schwanthaler un nuevo retablo (nuevo en sentido cronológico, es decir, a la moda. El deterioro no había afectado nada a la obra de Pacher) que substituyese al venerable altar del artista de Neustift.

El gótico, entonces, se consideraba estilo bárbaro y rancio. No cabía destino mejor que el fuego para los leños en que se encarnaba el prodigio de Pacher. Los nuevos prebostes pensaban en estilos nuevos. Afortunadamente Thomas Schwanthaler, además de un artista de su tiempo poseía un extraordinario discernimiento estético. Admiraba la obra de Pacher pero su entusiasmo no hizo desistir al abad, empecinado en la sustitución; tuvo que acudir a la treta de falsear las dimensiones de su retablo, imposible ya de colocar en el sitio asignado. Por sólo este gesto merecería eterna gratitud. La fortuna le ha otorgado el privilegio de que su «nuevo» retablo se conserve cerca del de Pacher. Schwanthaler es un artista magnífico y su altar en la iglesia de San Wolfgang da permanente testimonio de su talento, de su dignidad libre de envidia y de un extraordinario gusto artístico.

Iowa, miércoles 14 de octubre de 1987

ES AÚN PRONTO, así que subo al octavo piso del edificio que es el reservado para los escritores. Tras la fiesta de ayer y la generosa oferta etílica, nadie parece haberse levantado. Mary Nazareth es la única que ocupa (por imperativos de

horario laboral) su oficina-dependencia. Paso a decirle «buenos días» y comentarle que dentro de tres semanas volveré a vivir en Mayflower, ya parece saberlo y no le da ni frío ni calor. No termino de entender su aversión hacia españoles e hispanoamericanos, manía que no disimula para nada y recíproca por nuestra parte. Es una mujer que se hace antipática a casi todo el mundo, aunque con los africanos parece mostrar alguna preferencia (tampoco demasiadas) al ser ella emigrante africana, lo que tampoco ha impedido «tensiones» con ellos. Hace dos años *miss Corea* le cantó las cuarenta recordándole cuáles eran sus funciones, de las que no debía extralimitarse. Ella figura como *assistant*, lo que quiere decir criada para todo. No sé si por la raza, el trabajo o cualquier otro motivo, parece estar amargada, frustrada y pocas veces amable.

Conmigo se ha mantenido siempre en los límites de la corrección, sin embargo esta mañana ha estado particularmente grosera. Me dice que conoce un modo nuevo de pronunciar España, Spain y añade, entre risas, que ha sido un hispano quien se lo ha contado, en prevención (pienso) por la ofensiva impertinencia que me iba a soltar. Yo pregunté sabiendo que «picaba»: ¿Cuál? *Ass pain*, respondió, lo que literalmente significa dolor de culo. Le di a entender que no le encontraba gracia a los chistes burdos, etnocéntricos (palabra casi tabú en el *melting pot* USA), xenófobo-racistas (acentuando bien lo de raza) y carentes de humor. La verdad es que la expresión dolor de culo para denominar a España no me molestó más que lo justo, si exageré la nota fue por una especie de revancha hacia su actitud antihispana que en la práctica se materializa en faenas, boicoteos y otras arterías en las que ella está bastante ducha. En momentos así es cuando lamento más no poder expresarme con soltura para haberla respondido adecuadamente: mencionarle que su lengua viperina debía saber mucho más de *ass pain* y modalidades de remedio, por su naturaleza bífida, que de Spain. Spain, además de caerle lejos a su larga lengua, era una idea inaccesible a ella por la estrechez exigua de su mente... Por supuesto que no pude soltarle este discurso, pero con lo que le dije ya tuvo bastante, torció el hocico y se puso a hacer que hacía. Imagino que la mención a la raza debió gustarle poco, pero ella se lo buscó.

II. En el cuartel de invierno

Segovia, martes 22 de diciembre de 1987

TRATANDO DE DAR vueltas a la idea de qué cosas o acciones me gustaría preservar de la avidez del ojo ajeno, pienso que mi intimidad tal vez se contenga en unos cuantos indicios materiales: ciertos libros de mi biblioteca, en algunos fetiches que aún conservo, en ciertas cartas que ahora (mucho tiempo después y ojalá perdidas) me gustaría no haber escrito; en el significado que para mí tienen unas cuantas fechas, ciertos sitios, algunas imágenes... Las de una ciudad medieval y amada, convertida en ocasional escenario para la representación de una tragedia clásica, la víspera del 24 de diciembre de 1967; un viaje en coche de Salamanca a Segovia la mañana del mismo 24 de diciembre de 1967; un día nublado en Bad Wimpfen, julio de 1967 y su noche en Schwetzingen; una mañana en Versalles del invierno de 1980; una noche en barco, agosto de 1987, desde Estocolmo a Helsinki... Lugares, fechas y unos hechos entre esas coordenadas tiempo-espacio. Ciertos sueños míos, cuyo sentido está enterrado en lo más hondo e inaccesible de mí mismo. Algunas aspiraciones...

Tampoco he sido objeto de extraordinarias confidencias ni testigo de sucesos destacables, públicos o privados. En fin, la intimidad es casi tan aburrida como su discurso. En otro momento proseguiré con estas «disquisiciones intimistas», además tengo aún pendientes mis impresiones mejicanas. No quiero dejar pasar muchos días sin (resumidas) reflejarlas para que no pierdan la viveza de lo inmediatamente acontecido.

Segovia, viernes 1 de enero de 1988

IRREMISIBLEMENTE ENCAUZADOS hacia el final de la década, del siglo, del milenio, este de hoy es año bisiesto. Conozco supersticiosos que se habrán dedicado a conjuros varios y previos. La preciosa nevada con la que hemos amanecido es para mí síntoma de augurio inmejorable. Toda la amplia extensión que se abarca desde mi terraza, aparece inmaculadamente blanca. Nadie por la

calle. El cielo, casi ya a mediodía, es más blanco que gris. El espacio vacío y la intensificación de la luz tornan aún más irreal el panorama. Da la impresión de ser una fotografía por la que pudiéramos transitar, entrar y salir a voluntad propia. La ausencia de viandantes hace más irreal el panorama. Nada se mueve. Las ramas de los árboles sustentan la porción de nieve proporcional a sus dimensiones y se curvan: es en este momento todo cuanto su debilidad o fortaleza le permite. Cuando la temperatura comience a subir serán las primeras en desprenderse de la levedad de los copos yacentes.

La nieve en mi recuerdo está asociada magnéticamente a la infancia. Después de mi niñez ha habido nevadas mucho mayores, hace sólo unos años cayó una de 60 centímetros: se hundieron tejados de naves industriales, cayeron árboles. La más intensa desde hacía decenios, quizá del siglo. Después de un mes todavía se podían encontrar partes nevadas en las alamedas que circundan la ciudad. Sin embargo, las nevadas que yo recuerdo son menos espectaculares pero mucho más íntimas: son las que nos eximían de ir al colegio, las que veíamos desde las dependencias de la casa de mi abuela, las que, cuando nadie estaba pendiente de nosotros, eran la feliz ocasión de tantos juegos... Esta noche he soñado con el entierro de mi abuela Concha, la abuela de la casa grande.

Segovia, martes 29 de marzo de 1988

ACABO DE LLEGAR de Madrigal de las Altas Torres. Cuántas veces, hacia Salamanca, he rodeado el pueblo sin haber nunca cruzado sus murallas. Tiene Yita una gran casa de viejas labores ganaderas y agrícolas, y con ella Chelo y Eloísa preparamos la excursión.

La decadencia se ha cebado en el pueblo, aunque conserva suficientes vestigios para que uno pueda darse cuenta de lo que aquello fue hasta el tiempo de Carlos V. El palacio de Juan II, excepcional por todo (proporciones, artesonados, patios, escultura, pintura, mobiliario...) es suficiente vestigio aunque no único. Cuando ya la corte se había trasladado a lugares más estratégicos pasó el palacio a ser convento, en lo que sigue.

Conserva una evocación conmovedora que recoge una lápida del patio mayor: un fragmento de carta de peticiones que Fray Luis de León dirige a los inquisidores desde la cárcel de Valladolid. Dice el preso:

Suplico a sus mercedes sean servidos dar licencia para que se le diga a dicho padre prior que avise a Ana de Espiñosa, monja en el monasterio de Madrigal, que envíe una caja de unos polvos que ella solía hacer y enviarme para mis melancolías y pasiones del corazón. Ella sola los sabe hacer y nunca tuve de ellos más necesidad que agora.

Esta Ana de Espiñosa era hija de un boticario de la comarca y había aprendido de su padre el conocimiento de las plantas y el efecto beneficioso de sus productos que ahora, desde la cárcel, reclama.

No es fácil encontrar en la prosa de Fray Luis párrafo de tanta humanidad: el humanista sabio, orgulloso de serlo, nos habla aquí de las pasiones de su corazón, de sus melancolías, que no debían ser nuevas, ya que el escritor había antes experimentado el alivio que sobre ellas surtían los preparados de Sor Ana.

La prisión probablemente abatió su ánimo más de lo que el enfático comienzo de una de las décimas más memorables de nuestra poesía deja traslucir:

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado...

y solicita el remedio químico que su voluntad y energía eran incapaces de suplir:

Nunca tuve de ellos más necesidad que agora.

* * *

III. Cuaderno de paso

Friburgo, martes 19 de julio de 1988

SEGÚN SE MIRE, un día en Lyon es suficiente, poco o mucho. Es la cuarta vez que estoy en la

ciudad y todavía no he visitado sus renombrados *Tissus d'art*, piedras romanas... Museos, seguramente repletos de obras «espantosamente respetables». Tampoco ayer lo hice. Comimos junto al Ródano y paseamos después por la ciudad vieja. El día claro, las calles inundadas de una luz inusual y la restaurada limpieza de las casas conferían a los barrios un encanto reconfortante. Pese a que la tibieza de la noche invitaba a la prolongación en sus terrazas, nos fuimos a dormir a hora respetable, por el madrugón que hoy nos esperaba.

Por Mulhouse entramos en Alemania. Colmar no está lejos, pero Grünevald tendrá que seguir esperando. Ascendemos hacia la Selva Negra. Conozco muy bien el territorio. Hace veinte años viví cuatro meses en Baden-Württemberg y tuve ocasión de recorrer (diría que muy bien) las regiones del cuadrante suroeste del país. Este regreso me produce una impresión de vuelta a casa, a los bosques espesos de la Selva Negra (uno de los lugares por donde más anduve), aspirar ese aroma, mezcla de flores y resina, ver y escuchar la tupida red de arroyos que resbalan de las laderas a los valles, en cuyos extremos se levantan cabañas y rústicos aserraderos...

¿Qué habrá sido de los Menzer, mis anfitriones, mi familia, ya entonces viejos? Tanden Frida con su incesante zumbido de cabeza... Probablemente algunos hayan muerto. Hoy veinte años no parece mucho, sin embargo es, más o menos, lo mismo que entonces hacía del final de la guerra que, para ellos, estaba tan presente como si hubiese acabado ayer mismo.

Nuestra vecina Hedwigg, con su marido y el hijo mayor muertos en el frente del Este y el pequeño desaparecido en Rusia, seguía aferrada a una esperanza ciega de que ese hijo desaparecido, no oficialmente muerto, seguía vivo, porque los rusos continuaban entregando prisioneros. Los alemanes también sufrieron esa guerra a la que Hitler, «el perro austriaco», como le llamaban sus opositores alemanes, les arrastró. Sus heridas no habían cicatrizado y quienes, involuntariamente, les traíamos su recuerdo, frotábamos con sal la llaga viva.

Esa misma angustia, obsesiva y crispada, la tenía también la madre de Rita. Cuando la visitamos en su casa, cerca de Mannheim, repetía la misma cantinela. También tenía un hijo desaparecido de la edad que entonces nosotros (Paco Gil y yo) teníamos y continuaba esperando su regreso. Nuestra presencia reavivó sus fantasmas y la cortesía de la visita materializó la angustia, las obsesiones. Nunca, antes, había vivido algo así. Como pudimos y contra lo previsto acortamos aquella situación que nos estaba metiendo en la mecánica de la locura. Los Wartburg. En realidad éramos una familia. El espacio, su reconocimiento, se alía con el pasado que para mí es el tiempo de estos lugares.

Berlín, miércoles 27 de julio de 1988

AYER TOMAMOS BERLÍN: Muro, Puerta de Brademburgo, Unter den Linden, Reichstag... Restaurado en 1957, el Reichstag es un resto memorable del horror. Los nazis lo quemaron el 27 de febrero de 1933, atribuyéndolo luego a un complot comunista... Excusa para suprimir los derechos civiles y meter en la cárcel a la oposición. Durante la guerra los bombardeos terminaron por arruinar el edificio. La foto de un soldado ruso asentando en lo más alto de sus ruinas la bandera roja con la hoz y el martillo fue uno de los símbolos gráficos más elocuentes de la derrota del tercer Reich.

Este recorrido inicial lo terminamos en Postdammer Platz. Postdammer Platz, partida por el Muro, no es un resto más de la barbarie bélica, bien perceptible aún, que los nazis desencadenaron sobre Berlín. Su actual manera de existir: un desolado-desolador descampado, es símbolo elocuente (por cuanto fue y por cómo se encuentra) tanto de la estupidez de la guerra como de la ideología que la produjo. Más poderoso resulta este páramo de agujeros, heridas aún sangrantes, que las torres desmochadas de la conmemorativa iglesia Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche, de Kurfürstendam; tan aseada en sus consolidadas ruinas entre los más modernos y distinguidos edificios del oeste.

El cálculo despiadado del cerebro gélido del tercer Reich operaba desde Postdammer Platz. En ella estuvo la Cancillería y en su subsuelo el

búnquer del mayor carnicero de la humanidad, donde se suicidó con su querida (!?) Eva. Sus fieles esbirros, aquí, redujeron los cadáveres (tras empaparlos en gasolina) a ceniza, ceniza que no tardó en confundirse con los escombros.

Tras la guerra, arrasada, se convirtió en la más patética explanada de Berlín. En los años veinte la plaza fue uno de los centros neurálgicos de la ciudad, obligado enlace hacia los elegantes barrios del Oeste. Al solar fantasmal en que la convirtió la guerra, terminó el Muro (esos 155 kilómetros de ignominia!) por aniquilarlo con su trazado. Unas torres próximas, instaladas al efecto, permiten contemplar la extensión devastada.

Groucho Marx, considerando que la plaza podía ser tenida por tumba de Hitler, se marcó un baile sobre el pavimento y, pese a tenerse por un bailarín pésimo, consideró su zapateado como una de las actuaciones más satisfactorias de su carrera. También nosotros (y por lo mismo) hemos taconeado un poquito sobre Postdammer Platz.

Percibo diferencias entre lo que recuerdo por fotos y lo que veo. Las circunstancias últimas, penúltimas y recientes han hecho de Berlín una ciudad despersonalizada. El espinazo artificial del Muro ha constreñido ortopédicamente a la vieja capital de Prusia, convirtiéndola en una maraña de callejones sin salida.

Las plazas en Berlín no lo parecen, son más bien lugares a los que dan las calles; espacios carentes de cualquier rasgo que las configure como tales plazas... Algunas de sus largas avenidas son, también, encrucijadas coyunturales. Posiblemente esto fuese así antes de la división de la ciudad. Los famosos grises y negros de Berlín son (parecen ser) productos de la casualidad más que de una preconcebida elegancia. Desde luego abundan pero no en la armonía que ciertos entusiastas se empeñan en destacar como característica de la estética prusiano-berlinesa. El gris es el gris del cemento abundante y el negro, más que delicada cenefa, es una connotación de carácter práctico.

El mejor rato de la mañana, lo he pasado con Nefertiti (para mí, entre las egipcias, su mejor

escultura). En la sala del pequeño Ägyptisches Museum se la puede rodear; detener los ojos en cualquiera de sus excelsos detalles. Mi poema sobre su figura lo mejora la actualidad de la visita. Añado en mi cuaderno: es la mujer que rechazó cenar con Hitler en las ebrias veladas de la cancillería; ni por curiosidad volvió su rostro a las aceras próximas de la Unter den Linden donde el militarismo delirante del tercer Reich se exhibe en el orden cerrado de las paradas intimidatorias. La esbeltez de su cuello se envidió en toda Prusia... Lili Marlen, que confundió Postdammer Platz con las trincheras, la letra con la música, pijamas y uniformes, en un arranque de frivolidad le pidió el nombre de su sombrerero, sin darse cuenta, ebria como estaba, que ella no hablaba con advenedizas. Por usted, majestad, no pasa el tiempo.

Hoy ha sido día de paseos. Excepto el encuentro con Nefertiti (pasábamos por la puerta), hemos decidido dejar los interiores para otro día y aprovechar el buen tiempo para recorrer calles y barrios. Alberto, al regreso de Spandau, hasta ha pasado al Este en metro, atravesando las estaciones de esa parte de la ciudad en que los trenes no paran... Espacios fantasmales, iluminados pero vacíos, entrevistados desde los vagones a gran velocidad que, según nos contó, da la impresión de intensificarse.

Nota:

¹El tercero de los volúmenes que ofrecemos extractados, *Cuaderno de paso*, se abre con esta poética del diario íntimo.